

Para quienes estamos familiarizados con las Sagradas Escrituras, sabemos que Dios ordenó a Moisés hacer una serpiente de bronce en el momento del éxodo de los israelitas y dos querubines de oro en el arca del Testimonio, que debía contener las tablas de la Ley de Dios entregadas a Moisés.

Estas dos imágenes de seres vivos que el Señor ha permitido que se hagan nos ha llevado desgraciadamente a los hombres a pecar contra Él, continuando a lo largo de los siglos haciendo imágenes de todo lo que el Señor ha creado en el cielo y en la tierra, en contra de su voluntad manifestada en el segundo mandamiento:

(No te fabricarás ídolos, ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra, o en el agua debajo de la tierra. No te postrarás ante ellos, ni les darás culto; porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo el pecado de los padres en los hijos, hasta la tercera y la cuarta generación de los que me odian. Pero tengo misericordia por mil generaciones de los que me aman y guardan mis preceptos). Éxodo 20,4

Este error no debería haberse cometido por las cuatro razones siguientes:

---

(1)

La serpiente de bronce fue hecha a petición del Señor en un momento anterior a la entrega de la Ley de Dios a Moisés, mientras los israelitas estaban en el desierto, tras su liberación de la esclavitud en Egipto y, por lo tanto, antes de llegar al Monte Sinaí. La parte de las Sagradas Escrituras a la que se hace referencia es la siguiente:

(Desde el monte Hor se encaminaron hacia el mar de Suf, rodeando el territorio de Edón. El pueblo se cansó de caminar y habló contra Dios y contra Moisés: «¿Por qué nos has sacado de Egipto para morir en el desierto? No tenemos ni pan ni agua, y nos da náuseas ese pan sin sustancia». El Señor envió contra el pueblo serpientes abrasadoras, que los mordían, y murieron muchos de Israel. Entonces el pueblo acudió a Moisés, diciendo: «Hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti; reza al Señor para que aparte de nosotros las serpientes». Moisés rezó al Señor por el pueblo y el Señor le respondió: «Haz una serpiente abrasadora y colócala en un estandarte: los mordidos de serpientes quedarán sanos al mirarla». Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó en un estandarte. Cuando una serpiente mordía a alguien, este miraba a la serpiente de bronce y salvaba la vida). Números 21,4

Aunque Moisés hubiera recibido instrucciones en aquel momento de hacer una serpiente de bronce, es algo que iba a cambiar en el momento en que el Señor entregó su Ley a Moisés, anulando con el segundo mandamiento anterior la posibilidad de hacer ninguna imagen de ella.

---

(2)

El Señor, por su soberanía y también por su derecho a probarnos a los hombres, en cuanto a nuestra obediencia y temor a Él, puede pedirnos todo y lo contrario de todo, tal y como sucedió con la serpiente de bronce. Otro ejemplo que lo demuestra es la petición de Dios a Abraham, a quien le solicitó el único hijo que tenía, Isaac, como holocausto, pidiéndole que lo inmolará como sacrificio para Él. Esta petición de Dios solo pretendía poner a prueba la obediencia y el temor de Abraham, pues el Señor no permitió que lo matara. Como confirmación, el Señor nos lo muestra con la futura Ley entregada a Moisés, en la que nos ordenaba no matar. Lo mismo ocurre con la serpiente de bronce.

La cita de referencia es la siguiente:

(Después de estos sucesos, Dios puso a prueba a Abrahán. Le dijo: «¡Abrahán!». Él respondió: «Aquí estoy». Dios dijo: «Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécemelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré»). Génesis 22,1

---

(3)

En la época del rey Ezequías, unos siete siglos después de Moisés, se nos dio el ejemplo correcto de cómo debemos mostrar al Señor nuestra obediencia y temor hacia Él. De hecho, el rey Ezequías, entre otras cosas, destruyó la serpiente de bronce que Dios mismo había ordenado fabricar siete siglos antes, demostrando su obediencia a la voluntad de Dios manifestada en el segundo mandamiento de la Ley dada a Moisés.

Los israelitas habían llegado a ofrecer incienso a la serpiente de bronce durante unos siete siglos, como si ese objeto fuera su Dios, pero al igual que Ezequías, nosotros también debemos reconocer que no era la serpiente de bronce la que tenía el poder de curar, sino la Palabra del Señor. A continuación figura la parte concerniente a ello en las Sagradas Escrituras:

(El año tercero de Oseas, hijo de Elá, rey de Israel, comenzó a reinar Ezequías, hijo de Ajaz, rey de Judá. Tenía veinticinco años cuando inició su reinado y reinó veintinueve años en Jerusalén. Su madre se llamaba Abí, hija de Zacarías. Hizo lo recto a los ojos del Señor, exactamente lo mismo que David, su padre. Él fue quien retiró los santuarios, derribó las estelas y cortó los cipos sagrados. Él fue también quien hizo pedazos la serpiente de bronce que Moisés mandó fundir, pues hasta entonces los hijos de Israel quemaban incienso en su honor, llamándola Nejustán. Ezequías puso su confianza en el Señor, Dios de Israel, y no hubo entre todos los reyes de Judá ninguno semejante a él, ni antes ni después de él. Se adhirió al Señor y no se apartó de él, guardando los mandamientos que había mandado el Señor a Moisés. El Señor estuvo con él y tuvo éxito en todas sus empresas). 2 Reyes 18,1

Jacob, unos siete siglos antes de Moisés, actuó correctamente a los ojos del Señor, aunque todavía no conocía su Ley. De hecho, tras recibir la aparición de Dios, se dio cuenta de que ya no tenía que confiar en los dioses que se habían fabricado, que consistían en imágenes de culto más o menos grandes, enterrándolas, aunque lo correcto habría sido destruirlas, como el Señor ordenó entonces a Moisés y como Ezequías hizo más tarde. La Escritura de referencia es la siguiente:

(Dios dijo a Jacob: «Anda, sube a Betel y establécete allí. Construye allí un altar al Dios que se te apareció cuando huías de tu hermano Esaú». Jacob dijo a toda su familia y a toda su gente: «Retirad los dioses extranjeros que tengáis, purificaos y cambiaos de ropa. Subamos a Betel, donde construiré un altar al Dios que me escuchó en el peligro y me acompañó en mi viaje». Ellos entregaron a Jacob los dioses extranjeros que tenían y los pendientes que llevaban. Jacob los enterró bajo la encina que hay junto a Siquén). Génesis 35,1

(4)

La fabricación de los dos querubines en el arca del Testimonio también tuvo lugar en un momento anterior a la entrega de la Ley de Dios a Moisés, pues primero se construyó el arca, tal como el Señor quería que fuera, y después, también por orden del Señor, se colocaron dentro las dos tablas de la Ley. La parte de las Sagradas Escrituras a la que se hace referencia es la siguiente:

(Dentro del Arca guardarás el Testimonio que te daré. Fabricarás también un propiciatorio de oro puro, de un metro y cuarto de largo por setenta y cinco centímetros de ancho. Harás dos querubines cincelados en oro, para los dos extremos del propiciatorio. Haz un querubín para un extremo y otro querubín para el otro; cada uno arrancará de un extremo del propiciatorio. Los querubines extenderán sus alas por encima, cubriendo con ellas el propiciatorio. Estarán uno frente a otro, mirando al centro del propiciatorio. Colocarás el propiciatorio encima del Arca y guardarás dentro del Arca el Testimonio que yo te daré. Allí me encontraré contigo, y desde encima del propiciatorio, en medio de los querubines del Arca del Testimonio, te comunicaré todo lo que tienes que ordenar a los hijos de Israel). Éxodo 25,16

De la Escritura anterior se desprende claramente que la última acción realizada por Moisés por voluntad del Señor fue colocar su Ley dentro del arca del Testimonio. Es algo que considerarse como la voluntad última manifestada por el Señor, a saber, que no hagamos ninguna imagen de todo lo que Él ha creado en el cielo y en la tierra, tal y como ha establecido en su segundo mandamiento. Otro aspecto importante que debemos considerar es que la sacralidad del arca del Testimonio no depende de los querubines de oro colocados sobre ella, sino de la Ley de Dios que hay en su interior. Sin ella, el arca no tendría ningún valor. Por lo tanto, es más que correcto obedecer la Santa Ley de Dios. Es algo que también nos aclaró Jesús en un discurso similar, diciendo:

(¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: «Jurar por el templo no obliga, jurar por el oro del templo sí obliga»! ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más, el oro o el templo que consagra el oro? O también: «Jurar por el altar no obliga, jurar por la ofrenda que está en el altar sí obliga». ¡Ciegos! ¿Qué es más, la ofrenda o el altar que consagra la ofrenda?). Mateo 23,16

Jesús, con su predicación como Hijo de Dios, nos hizo comprender muchas cosas, pero si no escuchamos sus enseñanzas y las ponemos en práctica, cometemos grandes errores que nos llevan a la perdición. No en vano dijo Jesús:

(Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí). Juan 14,6

---

El Mensajero de Dios